

## CAPITULO XIV

29 DE MAYO.—12 DE JUNIO 1864.

**V**EN ustedes esto? preguntó la Emperatriz á Maximiliano, á la condesa de Zichy y á otras damas extranjeras que se encontraban reunidas en su gabinete á eso de las siete de la noche.

—Ya lo he visto varias veces, contestó Maximiliano, es tu libro de memorias.

—Aquí consigno los sucesos más notables y las fechas más gloriosas.

—Yo también tengo esa costumbre, dijo la marquesa de Corio.

—Pues ahora lean ustedes estas líneas que he puesto aquí de mayor tamaño.

El Emperador se acercó y dijo en voz alta:

—29 de Mayo. 12 de Junio. 1864. Ni que tan distraído estuviera en mis asuntos dejaría de comprender de qué se trata. El 29 de Mayo fué cuando pusimos el pié en tierra mexicana. El 12 de Junio es hoy, día en que hemos entrado á este palacio.

—Exactamente. Los detalles de nuestra marcha

desde Veracruz, apenas los tengo en embrión, porque todavía me siento aturdida con tantas gentes, con tantas músicas, con tantos discursos, con tantas comidas y con tantas descargas. Con franqueza, amigas mias, agregó dirigiéndose á las condesas y marquesas extranjeras que los rodeaban, ¿qué impresiones han recibido ustedes en este viaje?

—Por mi parte, dijo la de Zichy, el aspecto de Veracruz me pareció pobre á pesar de haberse vestido con tantas cortinas y ramajos; pero en cambio los panoramas y poblaciones que seguimos viendo son espléndidos.

—A mí Veracruz me agradó mucho con sus sencillos edificios y sus salvajes playas, dijo la de Corio.

—Sus gentes son amables, agregó la de Schertzenlechner.

—Se ve que son francas, desprendidas y leales, exclamó con fuego la Emperatriz: allí se ha gastado tan en grande que creo hasta obsequiaron al pueblo con botellas de Champagne.

—La manifestación hecha á VV. MM., contestó la misma dama, debe haber costado mucho dinero. Solo en músicas y pólvora deben haberse empleado algunos miles de pesos.

—Lo que siento, dijo el Emperador suspirando, es que esas gentes deben haberse quedado profundamente disgustadas, porque después de que hicieron tantos preparativos, solo les atravesamos su población para llegar á escape á la estación del ferrocarril.

—En el pecado llevaron la penitencia, agregó riendo la Emperatriz, ¿por qué no constituyeron una



comisión de señoras para que recibieran á su soberana?

—Es preciso que los disculpemos: no tienen aún el hábito de las formalidades cortesanas.

—En resúmen: lo mejor de Veracruz fueron las llaves de la ciudad que son de oro y primorosamente cinceladas.

—¿Y qué tal pareció á SS. MM. el desayuno servido en la Soledad? preguntó la de Corio con tonillo burlesco.

—Que para ser del país no fué tan malejo, contestó el Emperador siguiendo la broma; pero allí lo que probablemente admiraron más las damas de la corte fué la multitud de curiosos.

—Sí, allí había muchas gentes á medio vestir.

—El clima, que es caliente, exige los trajes ligeros.

—¡Ni tan ligeros!

—A mí, dijo la Emperatriz, lo que me gustó más fué el puente del ferrocarril.

—Es una obra maestra, asintió el Emperador.

—¿Y qué tal obra maestra es el general Galvez que nos fué presentado por Almonte? preguntó riendo á carcajadas la condesa de Zichy.

—Ese es un tipo de los guerrilleros mexicanos.

—Yo lo hubiera tomado por un feroz bandido á no haber allí tanta gente.

—No, no tiene el tipo de nuestro coronel Miguel López.

—También ¡qué diferencia! este manda la guardia imperial.

—Buen ojo tuvo el Lugar Teniente de la corona para designarle tal empleo.

—El tal López, dijo la Emperatriz, es cortés; pero frecuentemente sus cortesías degeneran en bajezas.

—Ya, ya irán aprendiendo todos nuestros nuevos amigos las verdaderas costumbres cortesanas, contestó Maximiliano con tono bondadoso, como queriendo dar ejemplo de tolerancia.

—De lo que conservo más vivas impresiones, tornó á decir la Emperatriz variando bruscamente de conversación, fué de nuestra primera noche. Entonces, cuando veníamos por aquellos senderos sombríos en medio de la lluvia y el viento que azotaba los vidrios del coche, sentía gran pavor. Me parecía que muy pronto íbamos á ser asaltados ó rodados á un abismo. Hoy, el recuerdo de todos aquellos fantasmas, unos reales, otros de verdadera imaginación, me parece lo más novelesco. No he visto positivamente en las novelas una descripción como la de la primera noche que pasamos en el país mexicano.

—Fué una especie de enseñanza que nos quisieron proporcionar nuestros partidarios, dijo sonriendo Maximiliano.

—Por qué?

—Porque para gobernar una nación se necesita que haya días buenos como noches malas: placeres y disgustos. El día lleno de fiestas, la noche cuajada de peripecias desagradables.

—En cambio fué una sorpresa deliciosa la repentina presentación de tantos indios con sus antorchas encendidas, cuando más llenas de susto nos encontrábamos, añadió la de Corio.

—Ya cuando llegamos á Córdoba vimos el cielo abierto, dijo el emperador.



—Pero se nos cerró, agregó la Emperatriz, cuando empezaron á decirnos discursos de bienvenida, á las dos de la mañana, en la hora en que nuestras camas nos pedían á gritos que fuéramos á ocuparlas.

—Pequeños inconvenientes de los que vienen como una novedad á ocupar un trono antes que una cama, prorrumpió el Emperador haciendo un juego de palabras en francés que pareció muy ingenioso.

—A mí, dijo la de Corio, con tantas músicas y cañonazos y repiques y ruidos que hubo allí, se me quitaron las ganas de dormir.

—Efectivamente, estuvo muy ruidosa la recepción, contestó Maximiliano con cierto abandono imperial.

—Fué de llamar la atención tanta música.

—Y más, que comenzara al día siguiente ¡tan temprano!

—Ya en Córdoba hubo más pulcritud, dijo la Emperatriz: allí una comisión de señoras principales estuvo á darme posesión de mi alojamiento.

—La lástima fué que se echaran á perder todos los adornos de papel que había en la ciudad, con la lluvia, murmuró la de Zichy.

Las damas dejaron ver una sonrisa muy poco perceptible y la emperatriz dijo luego:

—Allí fué donde comenzaron los *Te-Deum*.

—Pues es necesario que se acostumbre á ellos S. M. la Emperatriz, dijo Maximiliano, porque mañana tenemos uno en la Catedral y aquí son como de cajón por todos motivos.

Maximiliano, mitad guasa mitad formalidad, comenzaba á dar el título de Majestad á la Archiduquesa para complacerla, porque el tratamiento era una

de las cosas que más la seducían en su nueva posición.

—En fin, quitando el enorme calor de Córdoba, los tres días que pasamos allí me fueron agradables, dijo la Emperatriz.

—¿Qué les pareció á VV. MM. Orizaba y la recepción hecha en esa ciudad? preguntó la de Corio.

—Se puede decir que todas las recepciones fueron vaciadas en el mismo molde, contestó Maximiliano: descargas, repiques, cohetes, músicas, llaves, refrescos y presentaciones. Las escenas desagradables para mí fueron aquellas en que las gentes humildes del pueblo quisieron desenganchar los caballos para arrastrar el coche.

—Ya me explicó mi profesor, contestó Carlota, que es una costumbre de antaño establecida en México por los españoles. Los grandes señores, es decir, los que venían á ser grandes y especialmente los dignatarios aquí de la iglesia, trataban á los indios como bestias de carga. Los obligaban, á fuerza de azotes, á llevarlos sobre las espaldas, primero, y después, arrastrándolos en literas y sillas de manos, viéndose eso, pasado el tiempo, como un signo de sumisión y de respeto.

—A mí me repugnó mucho que quisieran substituir á los animales, y hubiera preferido en todas las ocasiones marchar á pie, y no arrastrado por ellos tan indignamente. Me propongo, entre otras cosas que medito realizar en mi gobierno, la de abolir completamente ese uso que tanto rebaja la dignidad personal.

—Santa Anna y otros tiranuelos de aquí, gustaron



á porfía de ser arrastrados por semejantes suyos en ciertas solemnidades.

Las condesas se rieron mucho de la simplicidad de los mexicanos, que no veían gran diferencia entre ellos y las mulas.

—Habiéndonos adelantado nosotros á la comitiva, ya no vimos las recepciones que se hicieron después, pero hemos leído las descripciones y parece que siempre fueron muy animadas, dijo la de Zichy.

—Habiendo salido del clima tórrido, ya pudimos hacer el resto de nuestro viaje muy agradablemente. En todas partes había arcos, músicas y flores; pero la recepción imponente, majestuosa y extraordinariamente animada fué la de Puebla, en que el ceremonial se salió de las rutinas y tuvo su marcado aire de corte. Nos detuvimos en la noche en las cercanías de una preciosa casa de campo; por la mañana las comisiones, vestidas correctamente, empezaron á dar desarrollo al programa. En el trayecto esparcían flores por las calles de la ciudad, bajo suntuosos arcos de triunfo, hasta la Catedral, en donde se cantó el *Te-Deum* por el cabildo, con escogida concurrencia. Se nos alojó en el palacio episcopal, erigiéndose un trono en el principal salón y siguió una cadena de saraos, recepciones, banquetes, fuegos artificiales, paseos y cuanto más podía ser agradable á los soberanos. Quitando la parte religiosa, que fué muy pesada, no hubo ni una sola nota discordante y todo pareció ser arreglado por monarquistas conocedores de la etiqueta.

—Cuando relataba esto la Emperatriz en muy exten-

tos y muy detallados periodos, parecía estar radiante de satisfacción.

—En el baile, continuó diciendo la princesa, estrené el magnífico traje blanco que me hicieron en París; me ceñí mi gran corona de diamantes y llevé en el cuello aquel collar que tanto disputaron las soberanas á los judíos de Viena. Las damas poblanas me significaron que nunca habían visto una mujer más hermosa que yo, que no tenían idea de que pudiera haber una reina más distinguida y que estaba como el sol, deslumbradora.

—¿Y los hombres?

—Los hombres no se me acercaron, por respeto; pero los ví arrebatados de admiración contemplándome como á una diosa.

Maximiliano se sonrió y dijo:

—Demasiado ví que conversaron contigo el obispo de Colima y otros cinco ó seis eclesiásticos.

—Por cierto que cuando estaba con los doctores cometí una ligereza que pudo ser de consecuencias.

—¿Cuál?

—Me estaban felicitando por el aniversario de mi nacimiento pasado en Puebla; y yo suspiré, lamentándome de estar á tantas leguas de mi patria, lo cual consideraba que era más bien motivo de tristeza que de regocijo.

—¿Y qué dijeron de eso los doctores?

—Pues nada: se quedaron viéndome; pero como luego comprendí mi falta, la enmendé diciéndoles que, por fortuna, me consolaban mucho de mi ausencia las atenciones que se me prodigaban en mi nueva patria.



—Con los sacerdotes católicos no hay peligro en hablar de otras patrias. Ellos también son aquí ciudadanos romanos antes que ciudadanos mexicanos.

—En fin, continuó relatando la Emperatriz; después de nuestra estancia en Puebla, en donde fuimos tan festejadas, las mejores recepciones fueron las de Cholula, San Martín y Río Frío.

—Realmente la de Cholula fué conmovedora, exclamó Maximiliano. Senos hizo presente que era la población primera que había proclamado el imperio; nos acompañaron algunos simpáticos indígenas en el banquete y el *Te Deum*; hubo poesías, discursos, salvas y arcos de flores incontables. Se puede decir que nuestro camino desde Veracruz se ha visto cubierto de flores.

—Así fué y así tenemos que consignarlo. Ahora, como imponentes, como verdaderamente majestuosas, han sido las sorpresas que hemos tenido en la villa de Guadalupe y en esta capital. Yo, según lo que había visto antes, no pude ni haber soñado que se nos presentarían doscientos carruajes ocupados por bellas damas vestidas elegantemente á la francesa y una cabalgata de más de doscientos caballeros todos vestidos de negro y con guantes blancos, corte que apenas puede verse en las principales ciudades de Europa.

En ese momento se presentó un chambelán de Maximiliano para avisar que habían llegado el arzobispo, el mariscal Bazaine y otros de los invitados especiales para el banquete que se daba en Palacio esa noche.

—¡Ah! no me acordaba, dijo S. M., que hay todavía que consumir el sacrificio.



12 de Junio de 1864..Entrada de Maximiliano á México.



Y como viera que la Emperatriz le fijaba una mirada de reconvención, agregó:

—Ya sabes que las fiestas me fatigan.

—Bueno, exclamó Carlota volviendo á dar á su fisonomía el aire radiante de hacía poco, daremos por terminada nuestra conversación respecto de las fechas.

—¿De las fechas?

—Sí, de las consignadas aquí en mi diario de recuerdos.

—¡Ah! tus fechas memorables.

—29 de Mayo: día en que pusimos los piés en el muelle de Veracruz. 12 de Junio de 1864: día en que estamos ya alojados en el suntuoso palacio de los virreyes.

